

ditas ánimas, son los ayunos, las oraciones, las limosnas, las penitencias, las mortificaciones, sean de la especie que fueren, y todas las buenas obras, que todas son satisfactorias, porque todas tienen algo de penosas. En todas nuestras acciones podemos hallar motivo para aliviar con ellas á las almas del purgatorio, sin que nos sean mas gravosas, ni nos cuesten mas trabajo. Asi como todos los disgustos, todas las molestias, todos los contratiempos que nos suceden, nos pueden servir para satisfacer por nuestras culpas, así tambien los podemos aplicar en satisfaccion de las de nuestros hermanos. Aflicciones, enfermedades, humillaciones, afrentas, injurias, adversidades, todo puede contribuir para purificarnos de nuestros pecados, y para satisfacer á la divina justicia por aquellas pobres almas. Algunas personas virtuosas juzgaron tan meritoria esta devocion, que renunciaron con obligacion, en forma de voto, toda la satisfaccion de cuantas buenas obras hiciesen en su vida á beneficio de las almas del purgatorio. Ni faltaron otras que extendieron los limites de su caridad mas allá de los limites de su vida, adelantándose á hacer la misma renuncia, en cuanto les fuese posible, de todas las oraciones y de todos los sufragios que por cualquiera titulo les pudiesen pertenecer despues de muertas; acto de la caridad reputado por uno de los mas heróicos. Nada se pierde en los excesos de caridad á ejemplo de san Pablo. Entre los medios de aliviar á las benditas ánimas, son muy excelentes las indulgencias, las misas y las comuniones que se aplican por ellas.

---

### DIA TERCERO.

#### SAN MALAQUIAS, OBISPO Y CONFESOR.

San Malaquías, cuya vida escribió san Bernardo, fué irlandés de origen, y sus padres muy distinguidos por la nobleza de su sangre, aunque la madre lo era mas por el resplandor de su virtud. Sabiendo muy bien la religiosísima señora lo mucho que prenden en el alma las primeras impresiones, aplicó el mayor cuidado á inspirar en la de su hijo las de una sólida piedad desde la misma cuna; y dejando á cargo de los maestros el cultivar su entendimiento con las letras humanas, ella tomó al suyo el amoldarle el corazon á los principios de la religion, logrando el consuelo de que, dócil el tierno niño á uno y otro cultivo, correspondieron sus progresos en la virtud y en las letras á los desvelos de sus maestros y á la vigilancia de su madre. Hizole dueño de los corazones de todos la suavidad de su genio; y sin dejar de ser niño, se notaba en él la prudencia y el juicio de un anciano, la pureza de un ángel y la humildad de los santos; de manera que en aquella tierna edad amaba la oracion, tomaba gusto al silencio, y el recogimiento era todo su atractivo. Meditaba con gusto en la ley santa del Señor, comia poco, se mortificaba mucho, ocupábale enteramente la presencia de Dios; y concurriendo algunas veces con su maestro á una casa de campo, la vista de la naturaleza le elevaba hasta poner los ojos del alma en su soberano Autor. Levantaba sus puras manos al cielo para que subiese hasta él el holocausto de su purísimo amor, y el cielo recibia con gusto un

3.

sacrificio tan puro. Aquellos grandes principios prometían grandes fines, y los fines correspondieron á aquellos grandes principios. Al paso que iba creciendo en edad, iba también recibiendo de Dios luces más vivas, las que hicieron tanta impresión en su corazón, que al fin se resolvió á dejar el mundo.

Había en la ciudad de Ardinaka un hombre, cuya penitente vida se hacía admirar de cuantos tenían noticia de su austeridad y de su virtud. Buscóle Malaquías con el fin de que le enseñase alguna regla para su dirección y gobierno personal. Asombró á todos la resolución del generoso mancebo. Sentado humildemente á los pies de Imacio, así se llamaba su maestro, le enseñaba á obedecer, y obedecía. Hizo conquistas su obediencia: contentábase antes todos con admirar la penitente vida de Imacio; pero cuando vieron que el tierno Malaquías profesaba también la misma, se esforzaron otros á imitarle; y él, que hasta entonces era el único hijo de su padre espiritual, en breve pasó á ser el primogénito de muchos hermanos; pero sosteniendo siempre el honor y el carácter de la primacía, menos por la anterioridad en la disciplina, que por la superioridad en las virtudes. Movido de esto el obispo, le ordenó de diácono á pesar de su modestia, que le obligaba á reputarse muy indigno del sagrado ministerio. Entró en él por la vocación de Dios, y le desempeñó con su gracia. Propúsose por modelo á san Estéban para las funciones del mismo ministerio, y copió perfectamente su inocencia, su zelo y su caridad. Teniendo á su cargo el cuidado de las viudas y de los huérfanos, veló en la conservación de su vida: hizo agente de los pobres abandonados, y con sus propias manos enterraba á los muertos. Ni al nuevo Tobías le faltó materia en que ejercitar la paciencia. Tenía Malaquías una hermana, que, no conociendo el valor de una obra de misericordia tan heroica, con-

suelo de los hombres y admiración de los ángeles, le pareció que con ella afrentaba á su familia; y un día le trató de simple, diciéndole colérica que *debía dejar á los muertos enterrar á los muertos*, abusando de las palabras del Evangelio para fomentar su vanidad; pero el siervo de Dios no hizo caso de ella: dejóla hablar, y prosiguió en sus buenas obras. La dignidad con que Malaquías desempeñaba las obligaciones del diaconato, era el mayor panegírico de su mérito, y como una voz que estaba pidiendo á gritos el sacerdocio. Todos hallaban en él aquella eminente virtud y aquellos grandes talentos que deben caracterizar á los sagrados ministros del altar; solo Malaquías se consideraba indigno del sagrado ministerio, y fué menester toda la autoridad de su obispo, y toda la veneración que profesaba á los dictámenes de su director el bienaventurado Imar ó Imacio para rendirse á recibir el orden sacerdotal. Fué presbítero á los veinte y cinco años de su edad dispensándose con él, en atención al concepto de su eminente virtud y extraordinarios talentos, en la costumbre de aquel tiempo de no conferir el sacerdocio hasta haber entrado en los treinta.

Luego que Malaquías recibió la imposición de las manos, le encargó el obispo el cuidado de repartir al pueblo la palabra de Dios; y el nuevo predicador, poderoso en obras y en palabras, hizo en poco tiempo tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesis. Desarraigó del pueblo muchos vicios que parecía aspiraban á la prescripción: corrigió innumerables abusos que presumían ya de legítima costumbre: restituyó la disciplina á su antiguo vigor, y con la pureza de costumbres restauró la fe en todo el obispado. Era elocuente, y predicaba con zelo y con visible unción; pero lo que más contribuía á las conversiones eran sus ejemplos. Veían todos en el altar á un serafín, en

la conversacion á un santo, y en el púlpito á un apóstol. Solo por motivo de caridad se dejaba ver en público. por lo demás, toda su ocupacion particular era el estudio en la ciencia de los santos. Acompañaban á todas sus acciones y palabras la dulzura, la mansedumbre, la mortificacion y la humildad; y cedian todos los estorbos á la opinion de su virtud. Conseguió que en todas las iglesias de la ciudad y del obispado se cantase el oficio divino en las horas canónicas señaladas para eso; ejemplo que imitaron presto todas las ciudades de Irlanda. No solo restituyó en ella el canto del coro, sino tambien el uso de los sacramentos, con otras devociones muy conformes al espíritu de la religion; porque todas estas cosas, dice san Bernardo, estaban lastimosa y extraordinariamente olvidadas en aquellos pueblos.

Viendo Malaquias las bendiciones que derramaba Dios sobre sus apostólicos trabajos, pero desconfiando siempre de sus propias luces en las saludables reglas que habia dispuesto para la reforma de las costumbres y para la restauracion de la disciplina eclesiástica, determinó hacer un viaje á Lesmor para vivir algun tiempo á vista de Malech, obispo de la misma ciudad, reputado por uno de los mas sabios, mas prudentes y mas virtuosos prelados de su siglo. Con ocasion de su residencia en Lesmor conoció á Cormach, rey de Mamonía, que, habiendo sido despojado de la corona por una tropa de sediciosos, solo pensaba en pasar el resto de su vida en el retiro de una soledad, á no haberse visto precisado á volver á ocupar el trono muy contra su inclinacion. Formó desde entonces el piadoso monarca tan elevado concepto de la eminente virtud de nuestro santo, que no solo le miró toda la vida con particular veneracion, sino que le profesó tierna y estrecha amistad.

Estando en Lesmor, tuvo noticia de la muerte de su

hermana, aquella que tanto habia censurado su devocion y su retiro; pero supo tambien que la muerte no se habia anticipado á su conversion. Mostróle Dios en sueños á su hermana, que poco á poco y como por grados iba saliendo de las penas del purgatorio, y avanzándose hácia el eterno descanso á proporcion de las oraciones y sufragios que el santo hermano ofrecia por ella. Pero lo que mas le colmó de gozo fué la conversion de su tío materno, abad comendatario de Benchot, en cuyo monasterio no habian quedado otras señales de su antiguo esplendor que la multitud de sus ricas posesiones. Movido el tío de la santidad del sobrino, renunció en él la abadia, desamparada totalmente de monjes mucho antes de este tiempo; pero dotada de pingües rentas que habia empleado muy mal. Aceptó el santo la abadia por consejo de su director el beato Imar: puso en ella monjes cuyo gobierno tomó á su cuidado, y aquel antiguo monasterio que de tiempo inmemorial habia decaido de su primitivo lustre, le recobró bajo la direccion de nuestro santo, volviendo á ser el monasterio mas ejemplar y mas floreciente de toda Irlanda.

Era el ejemplo del superior como el alma de aquella fervorosa comunidad. En todos los ejercicios de la vida monástica se veia primero el abad. No era menester mas que verle para aprender: sus obras eran la regla viva; sin mas que ver los monjes al santo, se hacian santos. Nunca se dispensó en el menor de los ejercicios; la única singularidad que se le notó, fué que era mucho mas austero consigo mismo de lo que prescribia el instituto. Pero lo que daba mayor eficacia á sus palabras y á sus ejemplos, fué el don de milagros con que Dios le favoreció. Un albañil de los que trabajaban en la iglesia nueva del monasterio recibió inocentemente un hachazo en el espinazo, á cuya violencia naturalmente habia de espirar: acu-

dió el santo á socorrerle, abrazóle, y en el mismo punto quedó sin lesion alguna ; pero todo el vestido hasta la carne quedó cortado para testimonio del milagro. Apoderóse de un monje un frenesi tan violento, que le hacia prorumpir en los excesos mas furiosos : hizo el santo sobre él la señal de la cruz, y en el mismo instante quedó enteramente sano.

Habiendo muerto por este tiempo el obispo de Connerth, se unieron todos los votos del pueblo y del clero para colocar en su lugar á san Malaquías. Su resistencia solo sirvió para encenderles mas los deseos. Acudióse á la autoridad del beato Imar, su perpetuo director, y la de su metropolitano el arzobispo de Armagh, para vencer su repugnancia y su humildad. No le hicieron fuerza las razones, y fué menester echar mano del precepto. Mandósele obedecer, y el santo, que era humilde, porque era santo, obedeció. Fué consagrado á los treinta años de su edad, y aunque sintió todo el peso de la carga episcopal, cuyas obligaciones conocia, no se desalentó; antes se esforzó á desempeñar dignamente todas las funciones de tan tremendo ministerio.

Luego que tomó posesion de su silla, reconoció en sus ovejas mas señales de gentiles que de cristianos, advirtiéndolo, como dice san Bernardo, que mas venia á ser pastor de fieras que de hombres. Con efecto, los moradores de Connerth y de todo el obispado eran una gente feroz, que de tiempo inmemorial vivia casi sin religion. Su indocilidad, añadida á una brutalidad genial, habia desterrado del país todo socorro y asistencia espiritual. El obispo no lo era mas que de nombre : ni las ovejas conocian al pastor, ni el pastor á las ovejas, y viendo el pastor que no hacian caso de él, vivia siempre distante del rebaño. La mayor parte de las iglesias, ó demolidas ó profanadas; los sacramentos como abolidos por el no uso; de confesores y

de penitencias no habia que hablar; si se hallaban algunos sacerdotes, estaban tan confundidos con los legos por las costumbres y por el traje, que se podia concebir como desterrado el sacerdocio. Reinaban en todas partes las supersticiones, y al lado de ellas todos los vicios. Era universal la ignorancia, pudiéndose decir que en Connerth solo habia quedado una sombra del cristianismo, ó un esqueleto de religion. Este fué el campo que tuvo que desmontar el nuevo obispo. Animado de un zelo verdaderamente apostólico, no le acobardó el trabajo, aunque se le representó tan pesado, tan duro y tan ingrato. Hicieron cuanto pudieron para intimidar, para disgustar, y aun para cansar su zelo pero todo inútilmente. El primer cuidado del santo pastor fué ganar el rebaño, ó á lo menos domesticarle con su mansedumbre y con su paciencia. Muchas veces fué despreciado, maltratado, y aun corrió riesgo su vida; pero nada entibiaba su ardiente caridad. Manteniase intrépido en medio de los lobos, trabajando cuanto podia por convertirlos en ovejas. Sin dársele nada de su fiereza, ni de su rusticidad, los enseñaba en público, y los corregia en secreto. Cuando veia frustradas todas sus industrias y trabajos, acudia á las lágrimas que derramaba por ellos en la presencia de Dios, pasando muchas noches enteras en oracion para ablandar su piedad en favor de su pueblo. Iba por las calles y por las plazas públicas en busca de los que huian de oír su voz en la iglesia, expuesto á la griteria y á los escarnios de un pueblo brutal. Andaba de aldea en aldea y de choza en choza con intolerables trabajos para distribuir á ingratos, y no pocas veces á sordos, el pan de la divina palabra, y hacia todos estos viajes á pié á imitacion de los antiguos apóstoles. Salieron en fin victoriosas, á pesar de todo el infierno, su paciencia y su constancia. Domesticóse la ferocidad de aquellos pueblos : ablan.

dóse la dureza de aquellos insensibles corazones : moviéronse á vista de la perseverancia de su zelo en medio de tantos trabajos : admiraron aquella invariable mansedumbre entre los mas enfadosos contratiempos, y su cristiana paciencia entre las injurias mas amargas. Fueron poco á poco acostumbrándose á oír la voz de su pastor : amáronle, siguiéronle, y aquel pueblo, hasta entonces intratable, se hizo capaz de instruccion y de disciplina. Restableció el orden en todas las cosas : edificáronse iglesias, celebróse en ellas el divino sacrificio, cantáronse regularmente las horas canónicas, frecuentáronse los sacramentos, volvió la religion á su primer esplendor, y ocuparon los ejercicios devotos el lugar que ocupaban hasta entonces las impías y gentílicas supersticiones. El amanecimiento cedió á la santidad del matrimonio, recobraron su primer vigor las sagradas leyes, y de todas partes se desterraron los abusos. Restituido el clero secular y regular á su primitivo esplendor, revivió la piedad, y en menos de dos años mudó de semblante todo el país ; de manera, añade san Bernardo, que se podia decir de aquel pueblo lo que dijo Dios por el profeta Oseas : *El que antes no me conocia, se hizo ya pueblo mio.*

Tardó poco el Señor en acrisolar aquella nueva iglesia con una dura prueba, queriendo que purgase al mismo tiempo los desórdenes pasados. Obedecía la Irlanda á la sazón á cuatro ó cinco reyes. El que reinaba en la parte septentrional de la isla entró en el obispado de san Malaquias, se apoderó de la ciudad episcopal, arruinó y asoló toda la campaña. Vióse precisado nuestro santo á refugiarse con ciento y veinte de sus monjes en los estados de Cormach, rey de Mamonía, á quien habia tratado en Lesmor. Conservábase el piadoso monarca una particular estimacion, con una tierna amistad ; y reciéndole debajo de su

proteccion con el mayor gozo, le consignó cierta posesion, con una considerable cantidad de dinero, para que fundase el monasterio, que se llamó de Brachi, recogiendo en él todos sus monjes ; y el mismo rey se retiraba á él de cuando en cuando por muchos dias para vacar únicamente al negocio de su salvacion, bajo la direccion de nuestro santo, preciándose de ser discípulo suyo.

Enfermó gravemente por este tiempo Celso, arzobispo de Armach, y primado de Inglaterra ; y hallándose cercano á la muerte, declaró al pueblo y al clero que no conocia otro sugeto mas digno de sucederle que el obispo Malaquias. Clérigos y seculares, grandes y plebeyos, todos á una voz aplaudieron los deseos del primado, y á pesar de la resistencia del santo, fué colocado al frente de todo el clero de Irlanda. Por cierta especie de abuso y de la relajacion inaudita se hallaba invadida la silla primacial por algunos intrusos que no eran siquiera sacerdotes ; y cierta familia de las primeras de la isla habia hecho como hereditaria en su casa aquella dignidad, tanto que sucesivamente la habian ocupado catorce ó quince generaciones de la misma casa : desórden que por espacio casi de dos siglos habia causado la ruina de la disciplina eclesiástica, y punto menos que el exterminio de la religion en toda Irlanda. Conociólo así el arzobispo Celso, y por eso como hombre bueno y timorato puso los ojos en san Malaquias, pareciéndole que solo él era capaz de resucitar la piedad que san Patricio, apóstol de toda la isla, habia introducido en ella.

Aunque era tan trabajosa aquella primera dignidad, el nombre solo de primado sobresaltó la profunda humildad de Malaquias ; y fueron menester todas las instancias del beato Malch, obispo de Lesmor, íntimo amigo suyo, y toda la autoridad de Gilberto, legado de la santa sede, para reducirle á que le aceptase, y

aun así no cedió hasta que se le amenazó con excomunión. Pero habiendo entendido que cierto Mauricio, de la familia de aquellos que se soñaban arzobispos hereditarios, se portaba como tal, añadió á su aceptación dos condiciones: la primera, que no había de entrar en la ciudad metropolitana hasta que muriese ó se retirase el usurpador, temiendo ocasionar algún alboroto ó acaso la muerte de alguna oveja suya, cuando solicitaba dar á todas la salvación y la vida; y la segunda, que, si con el tiempo se lograba restituir la paz y la tranquilidad en el arzobispado, se había de colocar en él á otro más digno, permitiéndole á él retirarse á cuidar y á vivir con su primera esposa.

Hecho ya san Malaquías primado de toda Irlanda, muy en breve mudó de semblante todo el país. Abolieronse los abusos, restablecióse el culto divino, reformóse el clero, y volvió á florecer la religión y la piedad en toda la isla. Pero no consiguió esto sin padecer mucho, aunque es verdad que Dios se declaró visiblemente por él con no pocas maravillas.

Cierto señor, de la familia de los usurpadores, le convidó á su casa con intento de matarle; pero luego que el santo se dejó ver en su presencia, lleno de confusión y de respeto, el usurpador se arrojó á sus pies, le declaró su mal intento, le pidió perdón, é imploró sus oraciones. Otro que no perdía ocasión, corrillo, ni concurrencia en que no despedazase el crédito del santo con todo género de calumnias, fué horriblemente castigado, porque, inflamándose de repente la lengua, y llenándose de asquerosos gusanos, dentro de siete días murió miserablemente. En fin, otra señora de la misma familia, que, estando el santo predicando, tuvo aliento para interrumpirle, tratándole de hipócrita y de usurpador de bienes aje-

nos, en el mismo punto fué asaltada de un frenesí tan furioso, que expiró exclamando que perdía la vida en castigo de su desenfadada temeridad. A vista de los horribles castigos con que Dios escarmentaba á los enemigos del santo, y de los milagros que obraba, cesó el cisma, y sucedió á él la paz y la tranquilidad, que en poco tiempo restituyeron su posesión á la antigua piedad y á su primitivo esplendor la religión.

Viendo san Malaquías que todo estaba tranquilo y todas las cosas en su lugar, solo pensó en poner en ejecución la segunda condición con que había aceptado el arzobispado de Armach; y convocando al clero y al pueblo, hizo formal dimisión de él disponiendo que fuese elegido un sugeto muy digno, llamado Gelasio. No es fácil explicar la general consternación de todo el rebaño cuando oyó la renuncia del pastor. Consagrado Gelasio, se restituyó san Malaquías á su primera iglesia, dando nueva prueba de su humildad y de su desinterés; porque, informado de que la ambición de sus predecesores había unido dos obispados en uno, quiso absolutamente que se dividiesen; y dejando al futuro obispo la ciudad y territorio de Connerth, él fué á residir á Downe, diócesis mucho más pobre y mucho menos considerable, donde fundó una catedral de canónigos reglares, cuyo superior y modelo quiso él mismo ser.

Para proceder en todo con mayor seguridad, le pareció al santo obispo que debía solicitar la aprobación de la silla apostólica, y resolvió pasar á Roma personalmente para negociar con el papa que confirmase todo lo que había hecho, así en la metrópoli de Armach, como en la división de los dos obispados de Connerth y de Downe. Partió, pues, á pié y en secreto, acompañado de algunos discípulos, y haciendo todo lo posible para no ser conocido; pero habiendo

llegado á York, le descubrió con mucho estrépito un gran siervo de Dios llamado Sicar, que tenia don de profecía. Al pasar por Francia, quiso tener el consuelo de conocer de vista á san Bernardo, cuya fama habia penetrado hasta Irlanda; y dirigiéndose á Claraval, fué reciproca la admiracion y la alegría. Malaquias encontró en el santo abad muchos mas talentos, muchas mas virtudes que las que publicaba la fama; y san Bernardo descubrió en el santo obispo una santidad mas eminente, y muy superior á lo mucho que habia oido decir de ella. Entablaron desde entonces los dos santos una estrechísima amistad, quedando san Malaquias tan edificado y tan hechizado de lo que estaba viendo en Claraval, que desde luego hizo ánimo de renunciar su obispado y retirarse á pasar allí el resto de sus dias. Arrancóse con gran dolor de aquel santo monasterio; y habiendo pasado los Alpes, entró en Roma, donde fué recibido con ternura y con veneracion del papa Inocencio II. Confirmóle todo cuanto le propuso; pero cuando le tocó la renuncia del obispado, lejos de consentir en ella, le nombró por legado de la santa sede en toda la isla de Irlanda. Púsole el papa su misma mitra en la cabeza: le regaló la estola y manipulo de que usaba su Santidad cuando oficiaba en los dias solemnes; y colmándole de honores, le volvió á enviar á su iglesia. Pasó segunda vez san Malaquias por Claraval, y ya que no le fué posible excusar el dolor de no quedarse allí, se consoló con dejar cuatro discipulos suyos, los que mas amaba, para que se formasen en la escuela del santo abad, partiendo con un ceulto presentimiento de que habia de venir á morir en aquel monasterio.

Aportó á Escocia el santo obispo, y pasando luego á besar la mano al rey, le halló muy afligido con el temor de perder al príncipe su hijo, que estaba peligrosamente enfermo. Pidióle el rey que hiciese ora-

cion por él: hizola, y el príncipe quedó sano. Embarcóse de Escocia para Irlanda, y fué á tomar tierra en el monasterio de Bencor para que sus hijos espirituales fuesen preferidos en el gusto y en las gracias de su regreso. Desde el monasterio se comunicó la alegría á todas las regiones; pero el legado apostólico estaba tan muerto á si mismo, que ni siquiera advertia en los honores que le tributaban: solo tomaba el gusto á una cosa, que era el que en todo se cumpliese la divina voluntad. En todas partes sembraba para recoger en todas partes: no hubo rincón adonde no se extendiese su vigilancia pastoral: todo aquello en que ponia la mano se veneraba como obra de Dios, porque todas sus empresas eran dirigidas por el Espíritu Santo. Era tan abundante en él la gracia del ministerio, que resaltaba á lo exterior. La modestia parecia como retratada en su venerable rostro: no le cogieran en una palabra ociosa sus mayores enemigos: no notarian en él paso alguno que oliese á lijereza: nunca perdía la paz en medio de los mas graves y mas pesados negocios: á todo atendía; pero á solo Dios se entregaba. Por este medio se conservaba siempre tranquilo. Eran tan de su gusto la pobreza, que ni siquiera tenia palacio episcopal: predicaba las mas veces sin interés; y á ejemplo del Apóstol con el trabajo de sus manos ganaba el pan para sí y para sus coadjutores en el sagrado ministerio. Hacia ordinariamente las visitas á pié, sin miedo de que se desluciese por eso la dignidad de legado apostólico. Así lo habia aprendido de los discipulos de Jesucristo: ejemplo tanto mas admirable en él, cuanto mas raro y menos imitado de otros. Siendo él mismo un prodigio de la gracia, ¿qué maravilla es le hubiese concedido Dios la gracia de obrar prodigios? Obrábalos de todas especies: libraba á los energúmenos, sanaba á los frenéticos, hacia hablar á los mudos. Salía de él en

abundancia la gracia de curaciones, y curaba las almas igualmente que los cuerpos. Había una mujer tan sujeta á los impetus de cólera, que era el mas vivo retrato de una furia; y no pudiendo sus hijos vivir mas en aquel infierno casero, la llevaron arrastrando á la presencia del santo obispo, el cual, como depositario de la mansedumbre de Jesucristo, no menos que de la vigilancia sobre su rebaño, tuvo lástima del infeliz estado en que se hallaba aquella pobre criatura. Retiróla aparte; preguntóla si habia hecho alguna buena confesion en su vida: respondióle que jamás habia tenido tal gana. Pues ahora la has de hacer, replicó el santo; hízola, y el caritativo pastor, insinuando el espíritu de dulzura en aquella arrepentida pecadora, le mandó en penitencia que nunca se encolerizase, lo que ejecutó puntualmente. A la gracia de los milagros se le añadió el espíritu de profecía. Celebrando un dia el santo sacrificio de la misa, conoció con luz sobrenatural que el diácono que le asistía se hallaba en mal estado. Concluido el sacrificio, le llamó á un lado, le preguntó lo que habia pasado por su alma; confesó el diácono humildemente su falta, y cumplió la penitencia que le impuso. A vida tan ejemplar solo faltaba una gloriosa muerte; logróla presto: habia vivido como los santos, y murió como los santos en la paz de Dios y en el ósculo del Señor. Dos cosas habia deseado: morir en Claraval, y morir el dia de difuntos; ambas las consiguió. Obligáronle los negocios de la legacia á emprender segundo viaje á Roma, y despues de haber celebrado un concilio de los obispos de Irlanda, se puso en camino. Llegando á Claraval, aunque san Bernardo se hallaba á la sazón sumamente débil por una grave enfermedad que habia padecido, le salió á recibir con todo el gozo que correspondia al reciproco amor que se profesaban. Abrazáronse tiernamente los dos san-

tos, porque no hay vínculo mas estrecho ni mas vivo que el de la caridad de Jesucristo, y todos los monjes tuvieron parte en el gusto de su santo abad. Doblóse la alegría en aquel dichoso desierto con la presencia de san Malaquias, y se pasaron cuatro ó cinco dias en regocijo universal. Cantó misa pontifical el dia de san Lucas; pero acabada la misa, cayó enfermo y todos sus hermanos con él, dice san Bernardo, sucediéndose el dolor al regocijo. Todos á porfía acudieron á asistírle y á aliviarle: tomaba cuanto le daban; pero estaba muy seguro de que no habia de sanar de aquella enfermedad. Pidió la extremauncion, y recibidos los sacramentos, se subió á la celda, y se volvió á la cama, porque habia bajado á la iglesia en busca de la comunidad. Agravóse el mal hácia la noche, y mandó llamar á san Bernardo, y vuelto á los circunstantes: *Con deseo*, les dijo, *he deseado celebrar esta pascua con vosotros. Rindo mil gracias á la bondad de mi Dios, porque se dignó cumplirme estos deseos.* Veíase retratada en el semblante del santo moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna y bienaventurada. Consolaba á su querido amigo y á todos los demás: *Cuidad vosotros de mí*, les decia, *que, si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Harámela sin duda, porque he creído en él, en aquel á quien todas las cosas son posibles. Amé á mi Señor, y os amé á vosotros: la caridad no se acaba.* Levantando despues los ojos al cielo, dijo: *Mi Dios, guárdalos en vuestro nombre, no solo á los presentes, sino á todos los que trajisteis á vuestro servicio por mi ministerio.* Entretúvose despues un poco con su Dios, y envió á descansar á sus hermanos. Hácia la media noche volvió á su celda la comunidad con muchos abades que habian concurrido á Claraval noticiosos de su peligro, y todos rezaban al rededor del santo prelado, que saltaba de gozo, porque iba á salir de este destierro. Asi



murió el santo obispo Malaquías, legado de la silla apostólica, á los 54 años de su edad, en el lugar y en el día que habia deseado, llevada al cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en manos de san Bernardo y de sus hijos. Todos tenian clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró: tan parecida fué su muerte á un dulce sueño. El rostro quedó con bellissimo color, dejando el alma en el cuerpo aquel vestigio de la alegría de los santos, á cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Dispúsiéronse los funerales, y se cantó la misa con fervorosa devocion. Entre los que concurrieron á su entierro habia un mozo paralítico de un brazo: mandóle acercar san Bernardo, tomóle la mano, y tocósele á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! al punto se le restituyó á su estado natural, y era, que, como dice el Apóstol, todavia vivia en el muerto la gracia de la salud.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Malachie, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Malaquías, aumentes en nosotros el espíritu de virtud, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

*La epístola es del capítulo 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus. Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini:

Hermanos: Somos deudores, no á la carne, para que vivamos segun la carne. Porque si viviéreis segun la carne, mori-

si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba (Pater). Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei. Si autem filii, et hæredes: hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur.

reis; pero si mortificáreis los hechos de la carne con el espíritu, viviréis. Pues todos aquellos que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habeis recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, sino que recibisteis el espíritu de adopcion de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba (Padre). Porque el mismo Espíritu hace fe á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, tambien somos herederos: herederos de Dios, y coherederos de Cristo; para que, si padecemos con él, tambien con él seamos glorificados.

NOTA.

« El intento de san Pablo en esta epístola á los Romanos era poner fin á las disensiones que insensiblemente se habian introducido en la iglesia de Roma con ocasion de algunos falsos apóstoles, que pretendian deberse sujetar á las ceremonias judaicas los gentiles convertidos á la fe. »

REFLEXIONES.

*Si no somos deudores á la carne, ¿por qué razon hemos de vivir segun las inclinaciones de la carne? A pesar de esta advertencia del Apóstol, ¿qué gustos no se conceden al cuerpo? ¿con qué condescendencia no se le trata? Todas las pasiones conspiran á lisonjearle. Y sin embargo, ¿qué viene á ser ese cuerpo sino el desgraciado origen de nuestros pecados y mi-*